

labio por la ciudad de Colacia, que pide á una la exposición del cuerpo mártir y el cumplimiento de una cruenta venganza. El dolor de Lucrecia, la desesperación de Colatino, la elocuencia súbita de Bruto, mueven los ánimos primero á compasión y después á entusiasmo. Los dos grandes motores de las acciones humanas, el odio y el amor se juntan, amor á los héroes libertadores, odio á los tiranos vencidos, y de consuno destrozan aquella monarquía corrompida y hunden una tan fuerte como austera república. Así la nueva institución se fundó en Roma exigiendo por su naturaleza y por su origen austerísimas virtudes.

Expuesto el cadáver de Lucrecia, reunidos en torno suyo los parientes de duelo, un sentimiento corre por toda la multitud romana, el horror á los tiranos, la compasión por sus víctimas; y los ciudadanos más débiles vociferan todos á una palabra de muerte contra los Tarquinos, palabras de amor para los vengadores; y en el foro, ante los templos, sobre la tribuna llamada de los Céleres, Bruto, usando aquella elocuencia que parecía súbitamente inspirada y sugerida por el cielo á sus labios, pinta los crímenes de Tarquino, del parricida que inmola en las gradas mismas del templo de las leyes á su pródigo biehechor; los crímenes de Tulia, quien pasa las ruedas de su carro sobre su propio

padre muerto, y se salpica, cual siniestra hiena, con la sangre que había originado su sangre, y, por último, los crímenes de Sexto, traidor en sus vicios á un culto como el culto de la hospitalidad romana, capaz de gastar con sus uñas el granito férreo, sobre cuya resistencia se funda la Ciudad Eterna, el hogar y la familia. Dirigidos por tan protervos criminales, encadenados al carro de una monarquía despótica, constreñidos, como los vasallos de las antiguas sociedades asiáticas, á la córvea de un trabajo enorme que construye palacios para los reyes y calabozos para los ciudadanos, el pueblo aquel no tiene otro recurso que derribar la monarquía, ni puede acercarse á otro puerto que al seguro y firme de una verdadera república. Estos estallidos sublimes de una elocuencia no escuchada en Roma, después que la tiranía se ha levantado sobre las espaldas colosales de aquella ciudad gigante, conmueve los ánimos en tal modo, y con fuerza y virtud tanta, que Tulia, la reina proterva huye de su palacio entre maldiciones parecidas á gritos de furias, y muere maldecida; Tarquino vuelve del asedio de Ardea y se halla con las puertas de su ciudad cerradas y el ejército en armas contra él; Sexto corre á Gabia, donde acaba de golpe violento como á sus crímenes cumplía, mientras el pueblo y el Senado á una, en solemnes decretos, abrogan

la monarquía, y proclaman la república, y entregan el puesto, el sitio, el poder de los reyes á dos electivos cónsules verdaderamente responsables, en quienes Roma puede ver su hechura, su nombre, su honra, su derecho, su poder omnímodo y su autoridad majestuosa. ¿Nos extrañaremos ahora de que Lucrecia pase como un tópico á todas las lenguas, como un sujeto trágico á todas las literaturas, como un modelo á todas las artes? Su llorosa estatua se levanta entre la tumba de aquella monarquía etrusca y el comienzo de la república patricia. Así el arte ha buscado en esta vida extraordinaria conmovedores argumentos. Unos han pintado á Lucrecia en su cubículo, circuída por sus criadas, vigilante y cuidadosa, hilando su copo y aperciendo su lana para los trajes y enseres domésticos; otros, como Tintoreto, han pintado á Lucrecia en el acto de su resistencia, caída violentamente de su lecho, asiendo por los cabellos al bárbaro violador en el mayor desorden; muchos, como Andrea del Sarto, Guido Reni, Ticiano, Lippi, han pintado á Lucrecia en el momento de abrirse las entrañas para mostrar á su esposo y á su padre toda la entereza del corazón y toda la nativa inocencia de su sangre. Los pintores nuestros, poco dados á los asuntos clásicos de suyo, por la nativa originalidad y la riqueza infinita del genio

español, que han preferido los argumentos propios á los argumentos paganos, tienen hoy, en el Museo de Madrid, una obra de Rosales y otra obra de Plasencia pintando la romana mártir, y que pueden fácilmente competir con los mas hermosos modelos de la paleta contemporánea. Plasencia nos presenta la exposición del cadáver de Lucrecia en el foro Colacio y las indignaciones clamorosas del pueblo sublevado y dispuesto á proclamar la república. Cuadro de verdaderos efectos, realizados por un colorido local de todo punto admirable, reproduce aquella indignación de los tiempos clásicos, contenida y reservada hasta en sus excesos mayores, y que no se desconcierta nunca ni propende á la exageración propia del hiperbólico genio moderno. El cuadro de Rosales representa otro episodio de la gran tragedia, el momento de matarse Lucrecia. Pintor verdaderamente sabio, están los objetos puestos allí, no sólo con fidelidad arqueológica, sino con esa fuerza de reproducción ingénita en los verdaderos artistas y en las magnas obras de arte. Renace allí, en aquel hermoso lienzo, con magistral renacimiento, el mudo romano. Y no renace tan sólo en los objetos, fáciles de copiar, dado el número riquísimo que guardan los museos, está en lo más difícil, en los personajes, los cuales pareceránnos todos generados por la Roma primitiva, si ob-

servamos aquella mezcla de labrador y de guerrero tan admirablemente caracterizada y fija en sus figuras por un milagro de genio. Así el padre como el esposo que mantienen á Lucrecia recién herida; Bruto que contempla en el centro estoicamente la sangre pura destilada por el puñal de la suicida, como Valerio, indignadísimo á un costado, parecen todos ellos actores oralmente descritos á nuestro excelso artista por el mismo historiador de aquella escena, por Tito Livio, evocado y redivivo. Algo de nuestro cuadro tiene también la tragedia de Pousard. Inspirada primero en las décadas lívicas, y después así en las vigorosas escenas de Corneille como en el misterioso arte con que ha sabido Shakspeare en sus obras romanas reproducir el viejo mundo clásico, lo cierto es que ha quedado Lucrecia en la memoria universal como el prototipo de la matrona romana, cuya virtud acaba con la tiranía, sustituyéndole la santa y fecunda libertad.

## VIRGINIA

El pueblo romano personifica todas las fases de su espíritu y todos los períodos capitales de su historia en otras tantas mujeres extraordinarias de una poderosa y desmedida influencia. Tulia representa los crímenes de la monarquía, mientras Egeria sus inspiraciones y sus aciertos. Vesta guarda el fuego sacro, de cuyo calor se alimenta Roma. La castidad y pureza de Lucrecia tiñe con resplandores de virtud el nacimiento de la república romana. El vigor brilla en la madre de los Gracos, en Veturia, madre de Coriolano, en las esposas de Pompeyo y de César, en Livia, que ha engendrado á Tiberio; en Cleopatra, que ha pretendido ahogar la Ciudad Eterna por medio del panteísmo materialista de su patria y sustituir los dioses grecosemitas de las ciencias alejandrinas á los dioses romanos. Todas representan grandes encar-